

**PALABRAS DE LA PRIMERA DAMA DE LA NACIÓN,
DOCTORA NOHRA PUYANA DE PASTRANA, EN EL ACTO
DE PREMIACIÓN DEL I CONCURSO
HISPANOAMERICANO DE ORTOGRAFÍA 2000**

Cartagena de Indias, 9 de diciembre de 2000

¡Bienvenidos, jóvenes de Hispanoamérica, a Colombia y a la aventura del idioma!

¡Bienvenidos, mosqueteros de la lengua española, amantes insomnes de la palabra, a esta bella e histórica Cartagena de Indias!

Hoy es un día de fiesta para todos ustedes y lo es también para la lengua de Cervantes, de Quevedo, de Góngora, de Borges, de Neruda, de García Márquez, de Paz, de Asturias y de Carpentier.

Ustedes, venidos de las mismas raíces; de 20 naciones que se entienden, se leen y se escriben en español, son los héroes y las heroínas de esta solemne empresa del idioma. El escudo de su batalla será la unión de sus identidades culturales. La bandera, sus sueños de hermandad. Y la meta, el progreso permanente y sostenido de sus naciones.

Ustedes son hoy, a través de su amor a la palabra bien dicha y bien escrita, los adalides de la más bella comunicación y los protagonistas de la más fabulosa de las novelas: la del idioma.

Permítanme ilustrar esta idea con una anécdota que me ocurrió recientemente.

La semana pasada fui invitada a inaugurar en Bogotá la octava versión del Rastrillo, una iniciativa que importamos desde España y que consiste en una subasta de objetos y de arte con el fin de recoger fondos para una obra benéfica que atiende a la niñez abandonada.

Pues bien: para profundizar un poco más en el tema, y también por curiosidad, busqué los significados de la palabra “rastrillo” en el Diccionario de la Lengua Española, y me encontré con la siguiente primera acepción:

“Tabla con muchos dientes de alambre grueso, a manera de carta, sobre los que se pasa el lino o cáñamo para apartar la estopa y separar bien las fibras”.

Pero también tenía otras siete acepciones, de las cuales, la séptima decía: *“Guarda perpendicular a la tija de la llave y que solo penetra hasta la mitad del paletón”*.

Entenderán, queridos jóvenes, que no podía quedarme ahí, pues ahora quería saber, con más curiosidad aún, los significados precisos de las palabras “cáñamo”, “estopa”, “tija” y “paletón”.

Y me fui recorriendo el diccionario, hasta averiguar que el cáñamo es una planta anual, de unos dos metros de altura, tallo erguido, ramoso, áspero, hueco y veloso, hojas lanceoladas y opuestas, y flores verdosas. También confirmé que la estopa es la parte gruesa del lino o del cáñamo que queda en el rastrillo después de peinarlo. Supe que el paletón es la parte de la llave donde están situados los dientes y las guardas, y descubrí, al fin, que la tija es la barrita o astil de la llave, que media entre el ojo y el paletón.

Pero no crean que allí acabó mi búsqueda. Como una pista lleva a otra pista, ahora las definiciones me habían abierto las puertas de otras palabras, como “hojas lanceoladas”,

“guardas” y “astil”, que seguramente me llevarían a otras y otras y otras... en una historia sin fin.

Y asómbrense: en la tercera acepción de cáñamo me encontré con una palabra que jamás me hubiera imaginado que existiera: “Sinécdoque”. Pero no les voy a contar qué significa. Yo sé que ustedes prefieren averiguarlo por sí mismos, con la lupa y la capa de un Sherlock Holmes, jugando e investigando en el laberinto del idioma.

Entonces entendí la profundidad y la verdad de las palabras de nuestro escritor Héctor Rojas Herazo, cuando describe el diccionario, no como una herramienta, sino como una novela. Escuchen con cuidado lo que él dice:

“Es bueno leer el diccionario. No consultarlo sino leerlo. Como se lee una novela. El diccionario es la novela del idioma, el gran cuento de las palabras. Allí está –con su pasión, con su color y su sabor propios- la biografía de cada vocablo. Pero el diccionario, como todo gran libro es hosco. No se entregará jamás en su primer encuentro. Y es cazurro y sobrado de mañas. Se dejará consultar con cierta quisquillosa tolerancia. Un poco distraído responderá a lo que le preguntemos (...)

“...El diccionario, si de verdad queremos saborearle la médula, hay que leerlo como una novela. Explorarlo sus caminos y sus valles. Vadearlo sus ríos. Irse de caza, con cierta aleatoria curiosidad, para sorprender el retozo y la bullente promiscuidad de las palabras. Será entonces el idioma como un pueblo viviente en una vasta y sonora comarca, como un colosal organismo donde las cosas más heterogéneas se avecinan y ensamblan en un plan misterioso (...)”

Sí, queridos amigos, el diccionario es también una novela y una gran aventura, y ustedes, venidos de España y de los países de la América hispánica: del Caribe, de Centro América y Sur América, son los grandes exploradores, los mayores aventureros en esta trama idiomática.

Hace unos meses, precisamente, fue otro explorador del idioma el que me visitó para contarme su sueño de ir más allá de las fronteras del país y llevar el concurso de ortografía a todas las naciones de Hispanoamérica.

Ese sueño que compartió conmigo lo comenzamos a transmitir con cartas enviadas a las Primeras Damas de cada uno de

sus países, y ellas, a su vez, lo divulgaron con los jóvenes de sus naciones, y hoy es una cadena de alegría y de esperanza, de unidad y de hermandad, pues más de 90 millones de jóvenes de quinientos mil colegios de 20 países han participado en este concurso. Ese caminante de la palabra se llama Eduardo Orozco. Muchas gracias, Eduardo.

El sueño colectivo se ha hecho realidad. Gracias al apoyo certero de las Primeras Damas, mis colegas, en cada uno de sus países; de los Ministerios y Secretarías de Educación; de la Real Academia Española y sus correspondientes en toda América, y del Centro de Información de las Naciones Unidas, ustedes están hoy acá, en este hermoso paraíso tropical, en este “corralito de piedra” donde murió el gran Blas de Lezo, rechazando los ataques del almirante Vernon; donde la India Catalina asombró con su belleza, y donde nació para el mundo la poesía irreverente del “Tuerto” López.

Ustedes aman el idioma español: un idioma que hoy hablamos más de 380 millones de personas en el mundo; una lengua hermosa y musical, llena de riqueza y de matices; suave y encantadora en los versos de amor, arrobadora en las novelas

y los cuentos, precisa y contundente en los discursos filosóficos, políticos o científicos.

Ustedes, queridos jóvenes, han sido ya ganadores en sus respectivos países y son triunfadores en sus propias vidas. Y lo son porque veneran la lectura como fuente de crecimiento personal y como la mejor maestra de ortografía, esa disciplina que muchos no comprenden, que tantos maltratan, pero que es tan importante para la buena comunicación.

Gracias a la ortografía sabemos, por ejemplo, que son totalmente distintas la cima en que se hunde el desesperado de la cima sobre la cual se eleva el exitoso. Sabemos que no es lo mismo la olla del arroz que la hoyra del río Magdalena, o que no podemos confundir un golpe en la sien con cien golpes. Sabemos, también, que, aunque suene como un trabalenguas, es posible que, sin repetir palabra, “allá en La Haya haya un aya que no se halla”, o, dicho con otros términos, que en La Haya (Holanda) exista una niñera que no se encuentra. Por supuesto, si no tuviéramos buena ortografía, nunca nos hubiéramos enterado de esta historia.

Pero, lo más importante es que, gracias a la ortografía, todos tenemos el privilegio de conocer, por ejemplo, a Karina, que viene de Costa Rica. Karina, quien ve mejor que todos nosotros los colores del corazón, demostró que ciego es solamente aquel que no quiere ver. Se propuso ganar y romper todos los mitos sobre los invidentes, y hoy está aquí con nosotros.

Y también tenemos la oportunidad de estar con Ana María, del Ecuador, que viene de las lejanas tierras de Tungurahua, o con José David, que viene del departamento de Potosí, en Bolivia. Son todos y cada uno de ustedes especiales, muy especiales para todos nosotros, y quiero decirles que tenemos reservado un espacio para cada uno en el corazón de todos los colombianos.

Aquí están -¡y qué orgullo para nuestro país!- las nuevas promesas de Hispanoamérica, representadas en 20 jóvenes que han hecho de los libros sus compañeros de vida.

“Un país que no lee es incapaz de reconocerse a sí mismo y destruye su capacidad de producir, inventar y pensar”.
Ustedes son el ejemplo perfecto para las generaciones de

niños que vienen detrás. Y el mejor mensaje que ustedes les dan es que sigan cultivando el amor, el gusto y la vocación por la lectura.

La lectura nos hace libres. Más libros... más libres.

Apreciados amigos y jóvenes ganadores:

Hoy culmina un proceso de convocatoria y concursos municipales, regionales y nacionales que comenzó hace un año en cada uno de nuestros países y que, en Colombia, se inició en Leticia, en el extremo sur del país, en medio del verdor y la exuberancia de la selva amazónica.

Colombia se siente honrada de ser la sede de este evento, porque en mi país siempre nos hemos enorgullecido de querer al idioma y de cuidarlo como una joya invaluable. No por nada, ésta es la tierra de Rufino José Cuervo, un intelectual del siglo XIX, quien teniendo 28 años de edad, en 1872, y seducido por el encanto de las letras, inició una tarea monumental: la elaboración de un diccionario de construcción y régimen que contara el origen y la vida de las principales palabras del idioma español hasta los tiempos actuales.

Más de 125 años después, y gracias a la labor esforzada de Cuervo y de un sinnúmero de lingüistas colombianos que lo sucedieron, pudimos entregar al mundo el más original diccionario de nuestro idioma: “El Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Española”. Es una obra de amor por el idioma como no se ha dado otra en el mundo.

Por eso, jóvenes ganadores, siéntanse como en casa, porque están en una nación que reverencia el idioma que ustedes también veneran. Lleven a sus países nuestro mensaje. Cuéntenle a todos que en Colombia privilegiamos la cultura y que estamos luchando por consolidar la paz. Cuenten a sus familias que sólo teníamos amor para brindarles. Transmitan a sus círculos de amigos nuestro compromiso con la juventud y con el futuro. Y no borren de sus mentes nunca este instante. Es un instante que pregonas, con la grandeza de la sencillez, que los que se preparan con responsabilidad y conciencia, triunfan.

A Michelle Andrea Suárez, quien hoy ha ganado en franca lid de letras y de tildes el primer premio de ortografía de Hispanoamérica, quiero expresarle mi más sincera felicitación.

Entre la excelencia de los demás competidores, podrá llevar con orgullo la certeza de ser un grande entre los grandes, el compromiso de enseñar a querer nuestra lengua y la decisión de vivir la vida en la plenitud de su belleza, usando tantos vocablos y tan ricos, como minutos tiene la existencia.

“La palabra es un sacramento de difícil administración”, decía José Ortega y Gasset. Hoy, en Cartagena de Indias, en medio de un espíritu de fraternidad hispanoamericana, estamos premiando a los mejores administradores de este hermoso sacramento del idioma.

¡Sigán adelante con entusiasmo y dedicación! ¡Sigán leyendo como si de ello dependiera la vida! ¡Sigán amando el pensamiento como la más alta cumbre del ser humano! ¡Sigán extendiendo puentes –palabras que son puentes-, como redes de amor entre nuestros pueblos!

Muchas gracias